



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 36.

JUEVES 13 DE NOVIEMBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LA FILOSOFÍA POPULAR, por Víctor Cousin.—SOR MARTA MARÍA: historia holandesa: (Continuacion).—EDMUNDO Y SU PRIMA: (Continuacion).—LOS PATOS SILVESTRES.—PROCLAMACION DE DOÑA ISABEL LA CATÓLICA.—LA NECRÓPOLIS DE CIRENE, por J. Hamilton: (Conclusion).—FABULA: la razon, la porfia y la sensatez, por M. Vazquez Taboada.—EL CIERVO.—NOTICIAS Y CURIOSIDADES.—Esplacion de la clave enigmática del número anterior.

LA FILOSOFÍA POPULAR.

Sí, se puede y hasta se debe enseñar al pueblo la filosofía, si la filosofía no es una quimera, si es, como lo pretende, la ciencia de las grandes verdades intelectuales y morales. Pero entendámonos bien; hay dos clases distintas de filosofía, una artificial y científica, reservada para unos pocos, y otra natural y humana, que está al alcance de todos.

El hombre que tiene tiempo para ello, en lugar de pararse en las ingenuas y sólidas creencias que le da la naturaleza, y que encuentra siempre confirmadas en el lenguaje de que se sirve y en los discursos de sus semejantes, puede aplicarles una reflexión mas ó menos ejercitada, y una crítica mas ó menos severa, esponiéndose á perderla: si las examina de demasiado cerca; porque la libre reflexión conduce con frecuencia al escepticismo; y la duda es una prueba en que la fé natural puede sucumbir, así como tambien, gracias á Dios, puede salir triunfante y mas segura de sí misma. De aquí los sistemas filosóficos, tan pronto falsos como verdaderos, y á veces ambas cosas, y que atestiguan la libertad; el poder y los límites del génio del hombre. Nacidos en la cuna de la humanidad, se desarrollan con ella, y la siguen en todos sus progresos, tienen su lengua y su historia, y componen una ciencia particular que tiene sus peligros, como todo lo que es libre y grande, pero que será siempre la necesidad imperiosa y el invencible atractivo de los espíritus bastante orgullosos é intrépidos para abandonar las apacibles riberas de la opinion comun, y buscar al través de las tempestades

y de los abismos de la reflexión, el ramo de oro de la filosofía. Pero esos ilustres navegantes han sido y serán siempre poco numerosos, porque evidentemente la filosofía especulativa, así como las altas matemáticas no están hechas para el pueblo. Sin embargo, el pueblo tiene su filosofía, ó por mejor decir una metafísica natural hija de las sugestiones espontáneas, metafísica que es á la vez el origen, la regla y el juez de la otra metafísica, mas sublime, pero mas peligrosa, en la cual se deben apoyar los raciocinios sin perderla nunca de vista si no quiere uno estraviarse en vanas especulaciones. La verdadera filosofía no es en efecto mas que la espresion mas elevada de la sensatez. La sensatez es ya una filosofía limitada, pero sólida ó mas bien completa en su género, y á la cual solo falta el desarrollo ilimitado y aventurado de la reflexión. El mayor de todos los filósofos no saca de los estudios de toda su vida, y no tiene al fin y al cabo, otra creencia esencial que la del labrador y el obrero un poco instruido; y el mal filósofo, que no ha sabido triunfar de la duda, y no ha llegado á una ciencia superior pero conforme con el sentido comun, puede haber perdido mas de una buena creencia que poseen intacta y pura el obrero y el labrador. Dejando á un lado los procedimientos particulares que emplea la filosofía, para detenernos en los resultados que ha obtenido, que es la única cosa importante para el género humano, ¿cuáles son los que le presentan con mas confianza los filósofos mas ilustres? Preguntad á Sócrates y á Platon, á Descartes y á Leibnitz, á Reid y á Kant, qué es lo que desearian que hubieseis aprendido en la meditacion de sus inmortales obras, y todos os responderán que os habeis aprovechado de ellas lo bastante con solo haber arraigado vuestra fé con un corto número de verdades, que voy á recordar aquí brevem nte despojándolas de su aparato científico.

1.^a El hombre no se halla todo en sus sentidos; tiene un alma que es distinta en sí del cuerpo y de la naturaleza.

2.^a El hombre no es tampoco una parte ordinaria de este mundo, una de las ruedas, uno de los resortes de la mecánica universal, moviéndose como los astros, las plantas ó las piedras, en virtud de ciertas leyes que no conoce y que sigue irresistiblemente: el hombre conoce esas leyes, á las cuales cede y de que se sirve, como tambien se resiste á ellas con frecuencia. Es un ser que dispone de sí mismo escogiendo á su antojo entre móviles contrarios; lucha contra sus inclinaciones, y algunas veces sacrifica el placer, la fortuna, y todo lo que se llama felicidad, á una idea en virtud de la libertad de que disfruta.

3.^a El hombre pertenece por su cuerpo á la tierra, tiene un pensamiento que abraza el universo, se lanza en lo infinito, se recoge en su propia esencia y en ese punto del tiempo y del espacio concibe la inmensidad y la eternidad.

4.^a No solamente el hombre está dotado de una inteligencia que tiene relacion con el infinito, sino que tiene un corazon capaz de amar á su próximo, á la patria y á la humanidad, con un afecto profundo y desinteresado.

5.^a Así como el hombre distingue lo verdadero de lo falso, y lo bello de lo feo, distingue tambien el bien del mal, el bien y el mal moral, y contribuye una ley que domina nuestros mas fuertes y dulces instintos, una ley que es difícil de seguir sin destrozarse á veces nuestros corazones, y cuya violacion es imposible porque toda nuestra naturaleza intelectual y moral se opondria á ello, ley en fin que nos impone la virtud.

6.^a La virtud es un esfuerzo que atestigua el poder divino de la inteligencia y la libertad. Este esfuerzo es doloroso en un principio, pero como nos conduce hácia el orden moral, para el que estamos hechos, termina por el mayor bien del alma, y nos da la paz para con nosotros mismos, y con los demás. Lo honrado difiere esencialmente de lo útil, habiendo casos en que es menester escoger entre ambos, pero la mayor parte de las veces, se encuen-

tran juntos, y concurren á la armonía general.

7.^a El mundo tiene un autor que lo hizo con peso y medida, con un perfecto conocimiento de su obra y la libre voluntad de cumplirla. Si aun queda para nosotros mas de un punto oscuro en el orden universal, sabemos sin embargo que este orden existe; las leyes que conocemos, nos hacen presumir casi con certeza, que existen leyes tambien allí donde aun no las vemos, y nuestra ciencia sostiene nuestra ignorancia. Cada siglo aumenta la una y disminuye la otra. El universo es una geometría en accion cuyos secretos no hemos penetrado todavia, pero que revelan por todas partes un admirable géometra.

8.^a Todo cuanto encierra el universo, principiando por el hombre, es una prueba de la existencia de Dios. El hombre es la obra maestra del universo, y vale mas que el universo. El universo tiene sus leyes, que no conoce, mientras que el hombre sí. Además el hombre tiene leyes de que el universo carece y son las leyes morales, incomparablemente superiores á todas las de la física, de la mecánica y de la geometría. Asi como tiene sus leyes particulares las cuales hacen de él un ser aparte, una maravilla en el universo, el hombre es libre y capaz de la virtud; está hecho para la justicia; y su corazon puede dar cabida al amor y á la caridad. El Dios que manifiesta al hombre, es un Dios, diferentemente grande del Dios del universo: á la infinidad y á la inmensidad, une la libertad, la justicia y la caridad, ó no existiría en él el principio de las leyes y las facultades morales que nos ha dado lo que seria el mayor absurdo. Dios posee incontestablemente todos los poderes de que nos ha dotado y los posee en el grado incommensurable de su perfeccion infinita, perfeccion que no es únicamente la de la fuerza y la inteligencia, sino la de la justicia y del amor.

9.^a Así el hombre no es una obra del acaso sin otra cosa sobre él, mas que un mundo inflexible, mudo y sordo, hácia el cual tiende en vano sus ojos durante algunos momentos, antes de sepultarse en la noche eterna, no: el hombre tiene un padre que lo ha hecho á su imágen, lo ha creado y por consiguiente lo sostiene, y le sigue en el desarrollo de su ser, con su inteligencia, la justicia y la bondad cuyo principio inagotable reside en él.

VICTOR COUSIN.

SOR MARTA MARÍA.

HISTORIA HOLANDESA.

(CONTINUACION.)

Si la vida difiere en el convento de la que se lleva en el mundo, la muerte difiere mucho mas. La verdadera muerte de la religiosa acontece el dia en que toma el velo; la que viene despues puede mas bien llamarse el momento del reposo y de la recompensa. De este modo en aquella celda de donde iba á salir un alma para volar al cielo, no se oian lágrimas ni sollozos: todas las fisonomías estaban graves y serenas, el mayor recogimiento reinaba en todas las religiosas. La llama de las hachas de cera alumbraba de lleno la frente serena de la moribunda; sus labios se entreabrian para responder á las oraciones de sus compañeras, y sus manos sostenian aun el rosario que habia llevado siempre colgado á la cintura. La superiora y las hermanas estaban arrodilladas al pie de la cama; las religiosas que no habian podido hallar lugar en la reducida celda, se hallaban de rodillas en el corredor junto á la puerta. No habia dolor, ni turbacion, ni espanto; el mas profundo silencio reinaba por todas partes, interrumpido solo por las plegarias que se elevaban al Señor. La moribunda estaba sosegada, como las hermanas; la muerte no se presentaba allí como un horrible espectro que hiela de terror, sino como el ángel consolador que viene á buscar al mundo los hijos de Dios para llevarlos consigo al cielo. Las

pasiones humanas, todos los lazos de la tierra, estaban olvidados ó vencidos; ningun sentimiento entristecia aquel último instante; todos los corazones que latian deseaban el cielo, todos los ojos que miraban le veian entreabierto para recibir á la esposa de Jesucristo: la una no moria amando la vida; las otras no vivian temiendo la muerte; solemne é imponente espectáculo era aquel! Como un viajero estenuado de cansancio, que despues de haber seguido lentamente el camino derecho á cuya estrechidad distinguió á lo lejos un techo hospitalario, entra con el corazon lleno de alegría en el lugar del reposo, así la religiosa al cabo de muchos dias, como los del viajero, llega con un gozo sacrosanto al dia de la muerte que la da el cielo por morada.

Cristina se arrodilló, pero su alma estaba henchida de ideas mundanas: amaba la vida, y á la vida, y no al cielo le pedia esperanzas y felicidad.

La religiosa rindió el alma á Dios en medio de una oracion, muriendo en la paz del Señor, sin pena y temores. Entonces se hicieron las ceremonias que siguen á la muerte de una hermana de la Visitacion. Trajéronle la corona de rosas blancas que llevaba el dia en que tomó el velo, conservada cuidadosamente para este fin, y se la pusieron en la cabeza por la última vez. Las religiosas todas llevaban esta corona blanca durante algunas horas el dia que profesaban, y luego se despojaban de ella sabiendo que aquellas flores no volverian á tocar su frente hasta el dia en que estuviese helada por la muerte. La religiosa con la corona en la cabeza estuvo de cuerpo presente en su féretro abierto en mitad del coro del convento: nombráronse dos religiosas para velar y hacer oracion junto al cadáver, y Cristina Van Amberg fué una de ellas.

Larga y solemne fué la noche: por un lado una mujer que acababa de dejar la vida; junto á ella, otra mujer agitada por todas las pasiones de la tierra, y entre ambas una religiosa viviente como la una y sosegada como la otra.

Al despuntar el dia la superiora fué á orar junto á la difunta, y luego la dejó, poniendo otras hermanas para velar como acababa de hacerlo Cristina.

—Hija mia dijo pausadamente á la jóven, —la noche última ha debido servir de saludable leccion: si os parece triste nuestra vida, nuestra muerte no debe parecéroslo.

—Madre mia, —respondió Cristina, —bien deseo morir.

—No, vivid aun, —respondió la superiora, —vuestra alma no está dispuesta aun; orad, orad en silencio.

Un dia se abrieron las puertas del convento, no para que nadie entrase, sino para dejar salir á una religiosa, acontecimiento bien extraordinario en verdad, y que es acaso la mas penosa de todas las pruebas impuestas á las santas jóvenes que viven en la abnegacion de sí misma. Una religiosa de la comunidad habia pasado sus tranquilos dias bajo aquel apacible claustro; nada le habia pertenecido sobre la tierra: todos los años habia cambiado de celda, de libros y de rosario, pero los muros de aquel convento, el coro, las losas en que se arrodillaba hacia tantos años, las compañeras en quienes fijaba sus miradas, todo esto la pertenecia, en ello consistia su bien, sus amistades: una orden de la autoridad vino á mandar á la religiosa que atravesase los mares, y llevase al apoyo de su celo y su fé á algunos conventos lejanos de paises extranjeros, donde debia permanecer toda su vida, sin pensar en volver á ver el techo hospitalario que habia elegido. Aquellas paredes no oyeron jamás el menor murmullo; la religiosa se preparó á obedecer en silencio. Si notó que sus lágrimas subian á sus párpados, las volvió á enterrar en su corazon, y aquel corazon estaba tan acostumbrado á la obediencia, que no necesitó violentarse mucho para no dejar que se trasluciera la tristeza que pesaba sobre él. Muchas manos se tendieron despidiendo á la que se marchaba, mu-

chas bocas se entreabrieron para hablar, pero: *Dios sea con vos, hermana mia!* fueron las únicas palabras que se escaparon de todos los labios. El claustro dejó salir á una de sus hijas; las que permanecieron en él, rezaron; la que salia rezó tambien. Los corazones conmovidos hasta lo sumo, no tuvieron otra espresion para manifestar su emocion que estas dulces palabras: «¡Cúmplase la voluntad de Dios!» Luego las puertas se cerraron de nuevo, y el sosiego, el orden y el trabajo siguieron su curso acostumbrado.

—Hija mia, —dijo la superiora á Cristina, —¿no habeis aprendido aun á resignaros con el ejemplo de esa abnegacion y esa obediencia absoluta?

Cristina no respondió, pero su silencio no provenia de la sumision de su corazon.

La superiora no volvió á hablarle mas; únicamente algunas veces la llamaba á su celda, la hacia sentar á su lado, la daba un libro, y la dejaba que leyera ó no. Las paredes de la celda de la superiora, como las de todas las demás, estaban cubiertas de máximas y sentencias; eran voces que hablaban sin palabras. El asiento de Cristina estaba colocado en frente de una pared donde se leia: *¡Venid á mí, vosotros los que padecéis, que yo os aliviaré!* En las interminables horas de silencio, si Cristina alzaba los ojos, veia este llamamiento á los desgraciados; si miraba á otro lado se encontraba con el Crucifijo de madera; si volvía la cara, veia á la superiora arrodillada; si inclinaba la cabeza sobre su pecho, tropezaban sus ojos con su libro de oraciones abierto sobre sus rodillas. A veces, para entregarse completamente á los pensamientos que la dominaban, Cristina cerraba los ojos; pero entonces oia la campana del convento que tocaba á rezar, cuando salia de su celda, veia á sus compañeras sosegadas y recogidas que la saludaban diciéndole entre dientes: *Dios os guarde, hermana*; cuando estaba á la mesa, una voz dulce la decia que diese las gracias al Señor.

Otras veces, cuando la campana sonaba la *hora de la obediencia*, todas las religiosas dejaban lo que estaban haciendo, y se formaban en derredor de la superiora, esperando sus órdenes; la superiora señalaba á cada hermana un quehacer diferente; ninguna elegia su tarea, todas callaban y obedecian. Las religiosas se esparcian en todo el convento, tomando como descanso el trabajo señalado, y esta hora habia tomado el santo nombre de *hora de la obediencia*.

Cristina lo miraba todo en silencio: y lo que pasó en su corazon nadie lo supo nunca sobre la tierra.

Las campanas, los cánticos, las preces, el silencio, los santos ejemplos, las paredes cubiertas de máximas, las tumbas, todas estas cosas rodeaban á Cristina como una nube de ángeles invisibles; ella lo veia todo en silencio, y lo que pasó en su corazon nadie lo supo nunca sobre la tierra.

La superiora no recibió respuesta ninguna á la carta que envió á Mr. Van Amberg; entonces le escribió otra hablándole de un modo mas firme y terminante que en la primera, mandándole casi que enviase por su hija, pero por segunda vez se quedó tambien sin respuesta.

Cinco años trascurrieron.

Un dia se abrieron las puertas del convento para que entrase un forastero que deseaba hablar á la superiora. Este forastero era un anciano, que andaba con mucho trabajo, sosteniéndose en un baston: al entrar en el locutorio, se quedó mirando en torno suyo con la mayor sorpresa y emocion, y repetidas veces se pasó la mano por sus ojos como enjugándose las lágrimas.

—¡Pobre criatura! —murmuró entre dientes.

Cuando la superiora se presentó por detras de la reja del locutorio, el anciano se adelantó con presleza hácia ella, y la dijo:

Soy Guillermo Van Amberg, hermano de Carlos Van Amberg, y vengo á buscar á su hija Cristina.

—¡Tarde venís! —respondió la superiora:—

sor Marta María está disponiéndose para tomar el velo.

—¡Marta María!... no conozco ese nombre... —replicó Guillermo Van Amberg. —Vengo á buscar á Cristina, no os preguntó mas que por ella.

—Cristina Van Amberg, en el dia sor Marta María, está disponiéndose para tomar el velo.

—¡Cristina religiosa! —¡Oh, Dios mio! es imposible; han despedazado su corazon, y tomará el velo desesperada... la han hecho padecer mucho... muy cruel han sido para con ella... pero aquí la traigo su libertad, y la certidumbre de la felicidad que toda su vida ha deseado, el permiso para casarse con el hombre que ama. Cristina se vendrá conmigo en cuanto pueda hablarle dos palabras.

—Habladla, pues, y que se vaya, si tal es su voluntad.

—Gracias, ¡oh mil gracias! enviádmela pronto, la espero con impaciencia: ¡Cristina mia!

La superiora se retiró.

Guillermo se volvió á quedar solo y profundamente conmovido, se puso á mirar en torno suyo; pero á medida que iba mirando, sentia oprimírsele el corazon; un peso horrible ahogaba su pecho; hubiera deseado tomar á Cristina en sus brazos, como cuando era niña, y llevársela precipitadamente fuera de aquellas rejas que le daban horror.

—Pobre criatura, —murmuraba, —¡á dónde has venido á pasar los mejores años de tu juventud!... ¡Oh! ¡cuánto has debido padecer aquí! Pero consuélate, hija mia, que aquí estoy yo.

Y al decir esto, se acordaba de Cristina, de aquella jóven indómita que corría por los campos, y luego la veía mujer apasionada, llena de pesadumbres, de independencia y de amor. Una sonrisa asomó á los labios del anciano al pensar en el grito de felicidad que lanzaría Cristina cuando le dijese: «Eres libre, y Herbert te espera para llevarte al altar.» Su corazon latía como nunca latió en los dias de su juventud, y sin querer se deshacía en llanto, aunque no sabia si aquellas lágrimas eran de tristeza al aspecto de aquel lugar austero donde Cristina había pasado cinco años encerrada, ó si eran de alegría, porque iba á verla para hacerla feliz: en esta situación contaba los minutos, y permanecía con los ojos en la puerta por donde Cristina debía entrar; no podría estrecharla contra su corazon, porque estaba la reja de por medio: pero al menos podía verla y oír su voz. De repente toda su sangre se le agolpó al corazon, con el ruido que hizo una puerta para abrirse: una novicia vestida de blanco se acercó pausadamente á Guillermo, que, al verla, retrocedió exclamando:

—¡Oh, Dios mio! ¿es esa Cristina?

Guillermo conservaba con amor en su memoria el recuerdo de una niña morena, viva, despierta, con los ojos brillantes, la tez un poco tostada, de movimientos precipitados, que corría mas bien que andaba: parecida algun tanto á las cabras que les gusta correr por los escarpados flancos de las rocas, y veía delante de él una jóven alta, pálida y blanca como los velos que la cubrían; sus cabellos desaparecían bajo la toca; su cintura se distinguía apenas bajo los pliegues de sus vestidos de lana blanca; sus movimientos eran lentos; sus negros ojos manifestaban una indecible languidez; una calma profunda reinaba en toda su persona; pero esta calma era tan grande, que mas bien podía llamarse ausencia de la vida: hubiérase dicho que sus ojos miraban sin ver, que sus oídos escuchaban sin oír; Sor Marta María estaba hermosa, pero de una hermosura desconocida en la tierra; su belleza consistía en un sosiego, en un reposo infinito.

El anciano se sintió conmovido hasta el fondo del alma; las palabras espiraron en sus labios, y tendió sus brazos á Cristina sin poder alcanzarla. Marta María trató de sonreírse al ver á su tio, pero permaneció silenciosa é inmóvil delante de él.

—¡Oh, hija mia! —exclamó por último Guillermo, —¡cuánto padeces aquí!

Marta María movió lentamente la cabeza, y la mirada impregnada de calma que fijó en su tio protestaba contra los padecimientos que le suponía.

—¿Es posible que mi Cristina haya podido cambiar así en cinco años? Hija mia, mi corazon te reconoce, no mis ojos. ¿Te han impuesto aquí muchas austeridades, muchas privaciones?

—No.

—¿El yugo que llevas es muy pesado?

—No.

—¿Has estado enferma?

—No.

—Entonces tu pobre corazon ha padecido hasta despedazarse: ¿has llorado mucho?

—Ya no me acuerdo.

—Cristina, Cristina, ¿estás viva aun, ó eres la sombra de Anunciacion salida de su tumba?... ¡Oh, hija mia! al mirarte, creo verla tal como la vi estendida en su lecho de muerte!

Marta María alzó al cielo sus grandes ojos, cruzó sus manos y murmuró:

—¡Madre mia!

—¡Cristina, háblame, llora conmigo! me espantas con tu sosiego y tu silencio... ¡Ah! en medio de la turbación que experimento no te he explicado nada todavía... oye: mi hermano Carlos ha perdido casi toda su fortuna por la quiebra de uno de sus socios de Ultramar, y para salvar lo que le quedaba, se embarcó inmediatamente para las colonias, creyendo volver al cabo de pocos años, pero en el dia me escribe diciendo que no sabe cuando volverá, y que sus negocios le impiden hacerlo por ahora. Se llevó consigo á sus dos hijas, y á mí, como soy ya demasiado viejo para atravesar los mares, y tambien para quedarme solo, me dejaron á Cristina, pero no te quise, hija mia, sin la posibilidad de hacerte feliz; así fué que pedí á tu padre, con muchas instancias, que me diese el permiso de casarte con Herbert: ya no eres rica como antes; sin tu padre aquí, y sin otra protección que la mia, que no puede durar mucho tiempo, tu padre consintió en lo que le pedía, enviándote en señal de despedida tu libertad y su consentimiento para que te cases... Cristina, eres libre, y Herbert espera á su mujer.

Los largos velos de la novicia vacilaron, como si los miembros que cubrían hubiesen temblado un poco; luego permaneció algunos momentos sin hablar, y por último respondió:

—Ya es tarde: debo casarme con el Señor.

Guillermo arrojó un grito de dolor.

—Cristina, ¿con que... no amas á Herbert?

—¡Debo casarme con el Señor! —repitió la novicia con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos levantados al cielo.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! —exclamó Guillermo llorando: —mi hermano ha acabado con mi hija: ¡su alma estuvo triste hasta la muerte! Pobre y querida víctima de nuestra severidad, dime, Cristina, dime, ¿que te ha pasado desde que estás aquí?

—He visto orar, y he hecho lo mismo; un gran silencio reinaba en esta casa, me quedé callada; nadie lloraba, enjugué mis lágrimas, y mi alma, sobrecogida de un frio mortal en un principio, se quedó despues sosegada y tranquila: oí la voz del Señor, le amé, y le he consagrado mi existencia.

Y dicho esto, como cansada de haber hablado tanto, Marta María se calló, volviendo á caer en aquel recogimiento interior que la hacia insensible á todo lo que pasaba en torno suyo. En aquel momento se oyó una campana; la novicia se estremeció, y sus ojos brillaron de repente.

—Dios me llama, —exclamó, —voy á hacer oración.

—¡Cómo! Cristina, hija mia, ¿te vas á marchar así?

—¿No estais oyendo la campana que toca á rezar?

—Pero, hija mia, hija mia, he venido para sacarte de aquí.

—Nunca saldré, adios, —respondió Marta María alejándose con lentitud. En el momento de abrir la puerta para salir del locutorio, se volvió hacia Guillermo, fijó en él una triste y serena mirada, movió los labios como para enviarle un beso, y luego desapareció.

(Se continuará.)

EDMUNDO Y SU PRIMA.

(CONTINUACION)

VII.

GENEROSIDAD.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos Constanza que tanto habia sacrificado por su primo, trabajaba asiduamente y sin quejarse, al lado de su amiga Pelagia, de la infatigable atormentadora del pobre Mr. Guinguet. Algunas veces lloraba, es verdad, pero lo hacia en el silencio y soledad de la noche; veía con toda claridad que su primo habia disminuido mucho las visitas que la hacia; sus visitas á la casa de Mr. Pause eran menos frecuentes y en ellas tenia un aire mas embarazado; aun cuando iba muchas veces, sus maneras habian cambiado tanto que en vez de hablar á Constanza con la confianza que habia existido entre ellos en otro tiempo se habia vuelto frio é indiferente y muchas veces estaba distraido. En un principio Constanza lo habia atribuido al pesar que sentia por la pérdida de su fortuna, pero en el fondo de su corazon decia: «si me amara como yo á él, ¿se ocuparia tanto de la pérdida de su fortuna? ¿No soy nada para él? ¿El mero hecho de conservar mi cariño no es suficiente para hacerle feliz?» Pelagia no se atrevia á hablar hacia largo tiempo, de las fiestas nupciales y aun Mr. Guinguet suprimia todo indicio exterior de cariño por miedo de causar pena á Constanza, puesto que él mismo hubiera debido adorarla guardaba silencio en este asunto. En cuanto al buen Mr. Pause, estaba siempre buscando alguna ocupación para su jóven amigo y siempre tenia algo nuevo que proponerle; por lo cual Edmundo deseaba evitar estas importunidades hijas de su buena intencion, se marchaba generalmente antes de que el anciano músico volviera del teatro.

Hacia algunos dias que las visitas de Edmundo eran menos frecuentes y mas cortas y en ellas se presentaba mas distraido y preocupado que nunca.

—Vuestro primo debe tener algo que ocupe su imaginación, decia Pelagia una noche á Constanza, porque viene aquí, se sienta en un rincon, suspira y apenas dice una palabra. ¡Oh! estad segura de ello, tiene en su cabeza algun nuevo proyecto; está tratando de hacerse otra vez rico pero de una manera rápida y cuando os caseis esperará á sorprenderos con algunos brillantes regalos. Me atrevo á asegurar que está pensando en ello constantemente.

Constanza hizo un movimiento de cabeza pero no contestó nada. Mr. Guinguet entró pocos momentos despues y dijo á las dos jóvenes:

—Ya sé por qué Mr. Edmundo viene tan poco y está tan preocupado; le he encontrado esta mañana y hemos tenido una larga conversacion; los jóvenes entre sí, se cuentan siempre sus propios asuntos.

—Por el amor de Dios, Mr. Guinguet, explicaos.

—Mr. Edmundo me ha hablado estensamente de la familia Bringuesingue á cuya casa vá con tanta frecuencia. Estas gentes eran comerciantes en otro tiempo y no tienen mas que una hija única, que es bantante bien parecida, pero que cojea un poco.

—Bien, Mr. Guinguet.

—Bueno, Edmundo me dijo: ¿adivinais, mi querido Guinguet, que me ha propuesto Mr. Bringuesingue? No, á fé mia, le contesté, yo tengo poca gracia para adivinar; jamás he podido adivinar ningun acertijo.

—¡Ah Mr. Guinguet! abusais de nuestra paciencia, dijo Pelagia.

—Escusadme, señorita, no hago mas que repetiros nuestra conversacion. Está bien, me dijo Edmundo, os diré entonces que Mr. Bringuetingue me ha ofrecido su hija en matrimonio.

—¡Su hija! dijo Constanza m dando de color.

—Eso es una calumnia, Mr. Guinguet, dijo Pelagia, Mr. Edmundo no os habrá dicho tal cosa.

—Os juro señorita que es la verdad pura; pero tranquilizaos, señorita Constanza, porque vuestro primo añadió: creereis desde luego, mi querido Guinguet, que yo he rehusado, porque aunque no poseo ni un franco en el mundo y la señorita Clodora es inmensamente rica, yo no la aceptaré pues estoy ligado á mi prima por antiguos lazos, por gratitud y por deber. Nuestras madres nos destinaron uno para otro... pero ¿estáis mala, señorita?

Constanza no pudo soportar mas tiempo su dolor; se recostó en el respaldo de su silla y perdió el conocimiento. Pelagia corrió hacia ella y mientras la aplicaba algunas sales á la nariz, dijo en tono colérico á Mr. Guinguet: ¿qué necesidad habia de que viniérais á hablar-nos de todo esto? ¡Cuán necio sois! ¡Nunca teneis que traernos mas que malas noticias!

—Pero señorita, en esto no hay á buen seguro, ninguna mala noticia al contrario,



Los patos silvestres.

Mr. Edmundo no tiene intencion de casarse con nadie mas que con su prima.

—Aun así, vos no teníais necesidad de contarla todo esto á Constanza.

La pobre jóven abrió los ojos y Guinguet empezó á respirar. Tengo el honor de aseguraros, señorita, que vuestro primo me dijo que aun cuando le ofrecieran una mujer que tuviera un millon no la aceptaria. Me conceptuo, me dijo, como comprometido con mi prima; soy incapaz de faltar á mi deber; no aceptaria una duquesa, ni una princesa; para un hombre de honor su palabra es todo.

—E tá bien, está bien, dijo Constanza, tratando de aparecer tranquila; os doy gracias por haberme dicho todo esto.

—Os ha causado placer, no es verdad? señorita?

—Sí, y estoy muy contenta por saberlo.

La pobre Constanza no habló mas en toda la noche, á pesar de todos los esfuerzos de Pelagia para animarla y á pesar tambien de que Mr. Guinguet repetia de tiempo en tiempo: ¡oh! Mr. Edmundo Guerval es un noble jóven; rehusaria una mujer que llevara una mina de oro, porque se considera ya ligado á su prima. En vano Pelagia le pellizcaba ó le pisaba el pie por debajo de la mesa para que contuviera su lengua; todo era inútil.

Cuando Constanza se encontró sola, se abandonó á todo su pesar y su amargura. La ilusion habia concluido; conocia que el haber rehusado su primo la brillante fortuna que le ofrecian, era porque se conceptuaba encadenado á Constanza y que ya no tenia la facultad de disponer de su suerte. «Pero no es por amor hacia mí por lo que ha rehusado á otra,» se decia Constanza. «¡Oh, no! si mi primo me

amara, ¿estaria tan melancólico y tan silencioso cuando está á mi lado? ¡Casándose conmigo cumpliria su deber y esto es todo! Seria desgraciado, doblemente desgraciado, porque habria dejado de tener la brillante perspectiva que le esperaba en otro caso. Pero ¿pensará que porque yo tuve en un tiempo la dicha de agradarle, querria ser nunca un obstáculo á su fortuna y que yo exigiria de su gratitud á lo que hice por él, el sacrificio de su libertad, de su vida en lo sucesivo?

¡Oh! le amo demasiado para privarle de las ventajas que semejante union deben asegurarle. Seria de poca consecuencia el que yo muriese de pena con tal de que Edmundo pudiera ser feliz; pero aunque le digera que era libre y le exhortase á que se casara con Clodora ¿me obedeceria? No, le conozco demasiado bien; temeria causarme un pesar. ¿Qué haré enton-

ces? ¿Cómo podría hacerle creer que ese terrible matrimonio no me causa disgusto? Le haré creer, le persuadiré que soy yo quien no le ama ya.» La pobre Constanza pasó llorando toda aquella noche; en vano buscaba un medio para que su amante se convenciese de que había cambiado su afecto hacia él y se decidiera por lo tanto á casarse con otra; por fin hacia la mañana se determinó á seguir un plan que prometía el cumplimiento de su generoso modo de pensar. Se levantó al romper el día y escribió el borrador de una carta; después así que llegó una hora en que pudo aventurarse á salir á la calle, se dirigió á un memorialista de un portal y le hizo copiar lo que ella había escrito. Después le mandó que le pusiera el sobre de esta carta dirigido á Edmundo y con el corazón traspasado y casi sin poder respirar se encaminó hacia un buzón para echar la carta fatal.

La pobre joven temblaba de tal manera que apenas podía andar por la calle; sin embargo, pasó por delante de algunos buzones y no tuvo fuerza bastante para depositar en ninguno de ellos el fatal billete que llevaba en la mano. Conocía que con esta carta se deshacía de la felicidad de toda su vida; era su porvenir y todos los sueños de su juventud los que estaba á punto de sacrificar sin que la quedaran mas que lágrimas y la memoria de una acción noble. A veinte y un años ¡qué valor no se necesita para sacrificio tan grande! Hay muchas gentes en el mundo que viven y mueren sin ser capaces ni aun de comprender tal desinterés.

Entre tanto la mañana había avanzado y Constanza no había echado la carta al buzón; se reprendía á sí misma por su debilidad, pero súbitamente se dirigió hacia un buzón que vió cerca de la puerta de un café y con mano trémula echó la carta que ella había dictado. En el mismo momento una nube pareció oscurecerla la luz del día y se vió obligada á dejarse caer en un banco de piedra que estaba cerca de ella; reconoció este banco por ser el mismo en que había estado sentada la noche en que acompañada de Mr. Guinguet había recorrido toda la ciudad buscando á su primo. Este recuerdo hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas; ¡cuán poco se figuraba aquella noche que llegaría un día en que se separara voluntariamente de Edmundo!

El sacrificio no estaba aun completo; Constanza sentía que todo su valor era necesario para la tarea que había emprendido y reuniendo todas sus fuerzas, se levantó del banco y se encaminó á su propia casa.

Este mismo día Edmundo, se hallaba solo recordando en su imaginación el amor de su prima y la proposición de Mr. Bringuesingue, cuando el portero entró con una carta que acababa de llevar el cartero. Edmundo miró la le-

tra que le era desconocida y rompió el sello con el aire de una persona que no espera mas que malas noticias.

(Se continuará.)

LOS PATOS SILVESTRES.

Los patos silvestres tienen el pico mas ancho que alto en la base, convexo, y redondea-

do en su estremidad; los pies son algo rosados, y el pico amarillo. En el macho, la cabeza y la rabadilla presentan un hermoso verde cambiante, y las cuatro plumas del medio de la cola son recurvas en semicírculo.

Esta especie es el tronco de todas nuestras razas de patos domésticos, y habita en el Norte de ambos continentes. A mediados de otoño comienza á presentarse en nuestros campos en



Doña Isabel la Católica.



Los ciervos.

Ayuntamiento de Madrid

pequeñas bandadas, que se hacen mas numerosas cada dia; al declinar el dia se les ve pasar volando á grande altura y formando ángulos regulares. Los patos silvestres viven en los estanques, donde se alimentan de peces, ranas y semillas. Cuando aquellos se vacían, se retiran estas aves á los confines de los bosques, en donde pacen el trigo verde y otras yerbas. Si el frio es muy riguroso, se dirigen hácia el Sur, para volver en febrero y pasar el estío en el Norte. Por la primavera sepáranse en parejas, y anidan entre los juncos de las marismas, á veces entre matorrales, y hasta suelen poner en los nidos abandonados de las cornejas. La puesta es de ocho á catorce huevos, de color gris verdoso muy claro, mas pequeños y colorados que los del pato doméstico; su eje mayor es de dos pulgadas, y el menor de diez y ocho líneas. La incubación dura un mes. El macho se pone de pie junto al nido, y lo defiende contra los demás patos. Los ánades que se crían en domesticidad, y que provienen de huevos de los silvestres, hallados en los cañaverales, son foscas como sus parientes, y se esfuerzan incesantemente por recobrar su libertad; mas cuando la cautividad se ha perpetuado por algunas generaciones, desaparece el instinto salvaje y el animal se torna familiar.

PROCLAMACION

DE DOÑA ISABEL LA CATÓLICA.

Al saber la muerte de Enrique VI, significó doña Isabel á los habitantes de Segovia, en donde á la sazón residía, su deseo de ser proclamada reina en aquella ciudad, con las solemnidades de costumbre en ocasiones tales; y con efecto, á la mañana siguiente, que era la del dia 13 de diciembre de 1474, una numerosa comitiva, compuesta de la nobleza, del clero y del ayuntamiento, todos en traje de ceremonia, fueron á buscarla al alcázar ó castillo, y recibéndola bajo un palio de rico brocado, la acompañaron en solemne procesion hasta la Plaza Mayor de la ciudad, en cuyo sitio se había erigido un gran tablado donde debía verificarse la ceremonia. Doña Isabel regíamente ataviada, cabalgaba en un palafren, cuyas riendas manejaban dos funcionarios municipales, precediéndola á caballo un oficial de su palacio, que llevaba una espada desnuda, como símbolo de la soberanía: y llegado que hubo á la plaza, apeóse la reina, y subiendo al tablado, se sentó en el trono que se la tenía preparado. Un heraldo entonces proclamó en alta voz: *Castilla, Castilla por el rey don Fernando y su consorte doña Isabel, reina propietaria de estos reinos*: y los reales pendones desplegados, y el repique de las campanas, y las salvas de la artillería del alcázar, anunciaron públicamente la exaltación al trono de la nueva soberana. Doña Isabel, despues de recibir el homenaje de sus súbditos, y de jurar que mantendría ilesas las libertades del reino, descendió del tablado, y acompañada del mismo cortejo, marchó solemnemente á la catedral, en donde, luego se cantó el *Te Deum*, se prosternó ante el altar mayor, y dando gracias al Todopoderoso por la protección que hasta entonces la había dispensado, le suplicó fervorosamente que la iluminase en sus resoluciones futuras, á fin de que pudiese llenar cumplidamente, con justicia y sabiduría, el alto puesto que la estaba confiado. Tales eran las sencillas formas con que se ejecutaba la coronación de los monarcas de Castilla, con anterioridad al siglo XVI.

LA NECRÓPOLIS DE CIRENE

(CONCLUSION.)

Volviendo al antiguo teatro se halla debajo de él la mas espléndida tumba que presentan las ruinas de Cirene, por sus gigantescas dimensiones y excelente estilo de arquitectura. Está enteramente escavada sin ninguna obra

de mampostería, presentando un gran pórtico, sostenido por cinco pilares que forman una elevada y magnífica entrada á una gran cámara, á la que sigue otra mas pequeña. Los pilares del centro, con la roca que sostenían han caído, y están extendidos en una enorme masa frente de la cueva. Actualmente sirve de habitación á un beduino, que un dia me invitó con mucha instancia á entrar para ver sus cajas de mármol, fragmentos de dos sarcófagos elegantemente esculpidos. Delante, existen los arcos que he mencionado ya como pertenecientes á un templo, y en frente del cerro, un poco mas abajo, muchos sepulcros desprovistos en el dia de adornos.

En cualquiera dirección que se deje la ciudad, las tumbas se extienden en largas filas, á los dos lados de los principales caminos, contemplándose cortadas en las rocas de los valles mas apartados ó construidas en grupos, en las cumbres de las elevadas tierras. Entre estas, las mas notables son las que flanquean el antiguo camino que conduce á Baria, al lado Norte de la Necrópolis; y en los terraplenes del lado occidental de Wady Bil Ghadir. No ví las primeras, hasta pasado algun tiempo de estar en Grennah, habiéndome ocupado toda la atención otros objetos, que á pesar de la variedad y magnitud de los del Norte, no pudieron menos de asombrarme. En una hermosa noche de verano, fue cuando pasé por primera vez por esta calle de tumbas, á la que los árabes llaman la plaza del Mercado (El-sunk), reputado como tal por uno de los mas antiguos viajeros por este pais, Mr. Lemaire. Las profundas sombras, y el brillante amarillo del sol poniente, ocultaban los destrozos del tiempo y daban á la escena un aire de solemne misterio, que impresionaba á la vez á la imaginación y á la vista. A cada paso, algun pintoresco grupo de sepulcros ó algun gran mausoleo llamaba la atención; aparecía de nuevo el dia cuando volví á mi habitación. He visitado á menudo esta escena y cada vez con nuevo placer. Para ir á este lugar, se sale de la ciudad por la puerta próxima á lo que se cree seria el mercado en los últimos tiempos, siguiendo los surcos del antiguo camino. Este se halla flanqueado por la izquierda por una roca, allanada artificialmente y cubierta casi á un tercio de su altura con una hilera de nichos cuadrados ú oblongos. Algunos tienen en el fondo un agujero de unas tres pulgadas de profundidad, el cual á veces está en el centro, pero por lo general á un lado. Vi estos nichos en otros sitios, pero en este son mas numerosos y en una línea continuada á gran distancia, interrumpida una que otra vez por la puerta de algun sepulcro. Es difícil determinar su objeto; no pudieron contener urnas porque son demasiado pequeños y espuestos, pues solo están á tres pies sobre el nivel del camino. Si fuesen receptáculos para exvotos, hubieran sido colocados á mayor altura. En esta línea de sepulcros, hay algunos de notable construcción, peculiar, segun creo, á Cirene; unos círculos de cinco ó seis pies de alto rodean un sarcófago de formas usuales; muchos están enteramente destruidos, solo uno hay casi entero. Está construido con tres capas de buena mampostería, formando una plataforma cuadrada, en la cual está colocado el panteon, con un círculo inscrito en el cuadrado de la base formada por un anillo de piedras colocadas derechas y unidas, sin argamasa entre ellas: sus dimensiones son de unos cinco pies de alto por tres de ancho.

Al fin de la calle de las tumbas, á la izquierda, y caminando entre bajos cerros, donde las escavaciones y ruinas de edificios son escasas, se llega á un sitio de la Necrópolis, único en su conjunto pero no en sus partes individuales. Ya he mencionado los sarcófagos, cortados en las sólidas rocas, que se hallan frecuentemente mezclados con las tumbas de otra clase; en este sitio se encuentran en grandes grupos, elevándose unos encima de otros, en lo alto de los cerrillos donde están edificadas. Los cuatro lados de algunos de ellos, están colocados fuera de la roca que está nivelada á todo su alre-

dedor: en otros solo se ven dos ó tres lados: muchos forman grupos tres ó cuatro en cada línea, sin otra separación que un pequeño espacio entre sus lindes y estrechos canales, para dar salida al agua de las lluvias, caída de sus inclinados techos.

Continuando por el ancho circuito de la ciudad, se llega á las ruinas de dos fortalezas, en una de las cuales existe una cisterna; desde allí, y siempre á la izquierda, ya son mas escasos los monumentos, pero todos tienen mayores proporciones, y datan probablemente del tiempo de la mayor prosperidad. Algunos son torres redondas con base cuadrada, como el sepulcro de Cecilia Metella, cerca de Roma; otros tienen la forma de doble cubo con techos inclinados en los lados y terminados en las estremidades por frontones triangulares. Una separación, corriendo á lo largo del edificio, le divide generalmente en dos cámaras; teniendo otra en lo alto que forma dos pisonés. La mayor parte de las tumbas de este sitio, conservan vestigios de su anterior grandeza, que consisten en estatuas ó mármol y sus lados están todos adornados con pilares lisos. Muchos de estos monumentos fueron erigidos sobre cuevas, con las cuales parece que estuvieron unidos; el monumento quizá se habrá añadido á la cueva, estando destinado aquel para entrar al dueño y la última para sus esclavos ó libertos. Ninguna parte de las ruinas de Cirene, ofrece una probabilidad tan buena de provechosas escavaciones como las de las tumbas de esta dirección, pero no tengo confianza de que se descubran objetos de gran valor artístico: en ninguna de ellas se encuentran tampoco inscripciones.

Muchas de las mas hermosas tumbas están en el valle occidental, Wady Bil Ghadir, al lado del cerro opuesto al en que estaba la mas antigua parte de la ciudad. Esta parte es muy atractiva por su pintoresca vista. Hay un profundo barranco que da una defensa inespugnable á este lado de la ciudad; las rocas de ambos costados, se elevan casi perpendicularmente sobre el estrecho lecho del riachuelo formado por sus tres fuentes. En el punto mas alto de un lado existe una pequeña arboleda de venerables cipreses (restos quizás de los que plantó Bato) que coronan la roca y sombrean las tumbas de los terraplenes inferiores. La higuera, el olivo y el arrayán (en este sitio hay un árbol de 20 pies de alto) rodean los sepulcros con magnífica espesura; á su lado corren los arroyuelos cuyo curso marcan espesas matas de adelfa, coronadas de flores de color de rosa y zarzas cubiertas á la vez de blancas flores y sazonado fruto. Algunos sepulcros de este valle son mas elegantes y están trabajados con mayor cuidado que todos los que encontramos en el pais: dos ó tres aun manifiestan los policromáticos adornos de su arquitectura; en algunos hay inscripciones, dando en verdad solo los nombres de sus moradores sin ningun título ni fecha; pero todavía interesantes, cuando entre ellos se hallan un Jason, un Aristóteles y un Temístocles. El fresco, representando una esclava negra que adornaba el exterior de una tumba elevada sobre una de las ramificaciones de este barranco ha sido quitado por M. Bourville, antiguo agente consular de Francia en Bengazi, y espero que el mérito intrínseco de la pintura, por cuyos grabados es muy difícil juzgar, sea tal, que su ausencia pueda contribuir al conocimiento del arte antiguo. Si no es superior á los que he descrito de la tumba del Norte de la Necrópolis, su adquisición habrá sido de poca importancia para los tesoros del Louvre, mientras que su falta en este sitio es un contratiempo para el amante del arte. Dos de las fuentes conservan cerca de ellas ruinas de antiguos santuarios, y se han descubierto inscripciones que relacionan su erección con el nombre de una piadosa matrona. También se han desenterrado del lado de las montañas muchas estatuas, habiéndose llevado los que las descubrieron las mejores: las que quedan muestran pésimo gusto en el diseño, y mucha dureza en la ejecución; su es-

tilo es el mismo que el de las que se construyen en Liorna y que se destinan, según creo, por los artistas y compradores, cualesquiera que ellos sean, para adornar los jardines.

J. HAMILTON.

FÁBULA.

LA RAZON, LA PORFIA Y LA SENSATEZ.

Formaron un altercado
La Razon y la Porfia
Sobre cuál de ellas tenia
Mas su crédito sentado.

Con mesura la primera
Fundaba sus opiniones
Contra las mil sinrazones
De su rival vocinglera.

Esta con gestos y voces,
Aquella con buenos modos,
La una hablando por los codos
Y dando al sentido coces;

Mientras la Razon sensata,
Siempre tranquila, indulgente,
A su airada contendiente
Mostrándose afable y grata:

Ya consultando á su ciencia,
Ora cediendo ó callando,
Muchas veces descansando
Sobre su misma conciencia,

Tan indulgente calló
En tanto la otra gritaba,
Que un necio que allí escuchaba
A la Porfia aplaudió.

Mas la Sensatez que oía
Con sosegada atencion,
Dando su fé á la Razon
Hablóle así á la Porfia:

«Pobre es tu triunfo, por cierto,
Y ten, desde ahora, entendido
Que hablarte á tí con sentido
Es predicar en desierto.

Si á un necio aplaudir le plugo,
Solo hizo dejar probado
Que el pobre que es porfiado
Saca, á veces, su mendrugo.

Mas no es seguro alimento
Vivir de casualidad:
Mucho mas nutre, en verdad,
El vivir con fundamento.

Impera la ilustracion
Sobre el vulgo sin sentido:
Si tú vencer has creído,
¿En dónde está tu razon?...

Miraba aquí, como el dia,
Clara, feliz, sosegada:
La gente bien educada
No la abandona, Porfia!»

Dijo así la Sensatez,
Y la Porfia irritada,
Salió de allí apresurada,
Vencida por esta vez.

A la Razon atencion
Prestad, jóvenes, con calma:
Que el primer vicio del alma
Es la torpe sinrazon.

Aunque os desprecie algun necio,
No lo tomeis por agravio:—
Buscad aprecio en el sabio
Siendo dignos de su aprecio.

M. VAZQUEZ TABOADA.

EL CIERVO.

He aquí uno de aquellos animales inocentes apacibles y tranquilos, destinados al parecer para hermoear y dar vida á la soledad de las selvas, y ocupar lejos de nosotros los asilos pacíficos de estos jardines de la naturaleza. Su forma airosa y ligera, su estatura bien proporcionada, sus miembros flexibles y nerviosos, su cabeza adornada, mas bien que armada, de un bosque viviente, y que, como la cima

de los árboles, se renueva todos los años, su tamaño, su ligereza y su fuerza le distinguen bastante de los demás habitantes de los bosques; y así como es el mas noble de ellos, así tambien sirve para la recreacion de los hombres mas nobles y distinguidos. El ciervo ha ocupado en todos tiempos los momentos de descanso de los héroes: el ejercicio de la caza debe suceder á los trabajos de la guerra, y aun precederlos: saber manejar los caballos y las armas son talentos comunes al cazador y al guerrero: el habituarse al movimiento y á la fatiga, y la destreza y la ligereza del cuerpo, cualidades tan necesarias para auxiliar, y aun para sostener el valor, se adquieren en la caza y se ponen en práctica en la guerra: la primera es la escuela agradable de un arte necesario y al mismo tiempo, el único entretenimiento que distrae enteramente de los negocios, el único descanso sin delicadeza, y el único que da un placer vivo sin languidez, sin mezcla y sin saciedad.

¿Qué cosa mejor pueden hacer los hombres que por su estado se hallan continuamente fatigados de la presencia de los otros hombres? Los grandes, siempre cercados y acosados de importunos, siempre fatigados de sus instancias y súplicas, precisados á ocuparse en negocios y en cuidados ajenos, agitados de grandes intereses, y tanto mas violentados cuanto es mayor su elevacion, no sentirian sino el peso de su grandeza, ni existirian sino para otros, si no pudiesen sustraerse algunos instantes aun al tropel de los lisonjeros. Para gozar de sí mismos, para renovar en el alma los afectos personales, los deseos secretos, las sensaciones íntimas, mil veces mas preciosas que las ideas de la grandeza, necesitan soledad; y ¿qué soledad mas variada, mas animada que la de la caza? ¿qué ejercicio mas sano para el cuerpo, qué reposo mas agradable para el ánimo?

Tan penoso seria haber de estar siempre revestido de gravedad, como ocupado en la meditacion. El hombre no fue hecho únicamente para meditar en cosas abstractas; y así como el ocuparse sin intermision en estudios difíciles, y negocios áridos, el tener una vida sedentaria, y hacer de su gabinete el centro de su existencia es un estado poco natural, lo es asimismo el de una vida tumultuosa y agitada por el movimiento de los demás hombres, y en la cual es preciso violentarse, y estar continuamente circunspecto á sus ojos. Una gran parte de nuestros verdaderos placeres consisten en el libre uso de nosotros mismos: nuestros verdaderos bienes, mientras vivimos, son de la naturaleza, son el cielo y la tierra, son esas campiñas y bosques, cuyo goce útil é inagotable nos ofrece. Así, pues, la aficion á la caza, la pesca, los jardines y la agricultura, es una aficion natural á todos los hombres; y en otras sociedades mas sencillas que la nuestra, casi no hay mas que dos órdenes ambos relativos á este género de vida; el de los nobles cuya ocupacion es la caza y las armas, y el de los plebeyos, que no se ocupan sino en el cultivo de la tierra.

Y como en las sociedades cultas todo se engrandece y perfecciona para hacer mas viva y agradable la diversion de la caza y ennoblecer todavía este ejercicio, el mas noble de todos, se ha hecho de él un arte. La caza del ciervo exige conocimientos que no pueden adquirirse sino con la esperiencia: supone un aparato real: hombres, caballos y perros, todos ejercitados y adiestrados, que por sus movimientos, investigaciones é inteligencia deben concurrir tambien al mismo objeto. El montero debe juzgar de la edad y sexo: debe saber distinguir y conocer exactamente si el ciervo á quien ha echado cerco (1) con su ventor (2) es estaquero (3),

(1) *Echar cerco*, es dar vueltas alrededor del paraje en que ha entrado el ciervo, y asegurarse de que no ha salido de allí.

(2) *Ventor*. Perro que se escoge entre los podencos, y se le adiestra para echar cerco al ciervo, al corzo, al jabalí etc. Este se suelta para que avise donde está la caza.

(3) *Estaquero*. Ciervo que tiene un año cumplido, y le empiezan á salir los cuernos.

enodio ó nuevo (1), de diez candiles nuevos (2), de diez candiles (3), ó ciervo viejo (4), y los principales indicios por donde esto se puede conocer son la huella (5) y el estiércol. El pie del ciervo es mas bien hecho que el de la cierva: su pierna (6) es mas gruesa y está mas cercana del talon: sus pasos son mas arreglados, y la distancia entre ellos mayor; pone el pie en el sitio en que habia puesto la mano, en vez de que la cierva tiene el pie peor formado, la distancia que alcanza con cada paso es mas corta, y no pone regularmente el pie en la huella que señaló con la mano. Cuando el ciervo ha entrado en los cuatro años se deja conocer lo bastante para evitar toda equivocacion; pero es preciso mucha práctica para distinguir la huella del enodio de la que deja la cierva; y para asegurarse es necesario examinarla una y muchas veces.

Cuando el montero, en la estacion seca del verano, se halla imposibilitado de formar juicio por la huella, debe seguirla al revés para encontrar el escremento del animal, y conocerle por este indicio, que exige tanta ó acaso mayor práctica, pues sin esto le seria imposible dar noticias puntuales á los cazadores. Cuando en virtud de su informe se hayan llevado los perros al paraje en que está el ciervo y en que se han roto algunas ramas para señal, debe tambien saber animar su ventor, y obligarle á que tome bien el rastro, hasta haber hecho partir el ciervo, en cuyo instante toca la corneta para que suelten los demás perros, alentándolos con la voz y la bocina: debe tambien observar bien el pié del ciervo á que da caza, á fin de conocer cuando este busca otro y le deja en su lugar, ó si está acompañado. En este caso acaece frecuentemente que los perros se separan y forman dos cacerías; y los hombres que van á caballo, deben separarse tambien y llamar á los perros que se han extraviado á dar caza al ciervo sustituido ó á quien no se persiguió, para volver á ponerlos en el rastro principal. El hombre á caballo debe acompañar á sus perros, corriendo á su lado, para animarlos siempre sin instarles demasiado, y ayudarlos en un cambio (7), cuando el ciervo retrocede por el mismo camino que ha llevado; para no equivocarse debe procurar dar vista al ciervo, siempre que le sea posible, pues este animal nunca deja de practicar algunos ardidés, ya pasando y volviendo á pasar por el mismo camino dos ó tres veces; ó ya desviándose á un lado, para ocultarse. Cuando los perros han perdido el rastro del ciervo, es preciso mucho trabajo y cuidado para volverle á encontrar: pero una vez conseguido se le puede dar caza con mas ventaja, pues á medida que su ardor se debilita, aumenta el de los perros, la sensacion de estos es tanto mas distinta y mas viva cuanto aquel está mas acelerado, y por lo mismo aumentan su velocidad y ladrido. El ciervo se vale entonces de mas astucias que nunca, pero como no puede ya correr con tanta velocidad, ni por consiguiente alejarse mucho de los perros, sus ardidés y sus vueltas y revueltas le son inútiles, y no le queda mas recurso que el de huir de la tierra que le es traidora, y arrojarle al agua para que los perros pierdan viento. Los de á caballo atraviesan el agua y vuelven á poner los perros en el rastro del ciervo, el cual no puede alejarse mucho porque sus fuerzas se van aniquilando y no le queda mas medio que rendirse. En este caso aun procura defender su vida, hiriendo á los perros y aun á los caballos de los cazadores, uno de los cuales le remata metiéndole el cuchillo de monte por la cruz. Inmediatamente se celebra la

(1) *Enodio ó nuevo*. Ciervo que ha entrado en el tercer, cuarto ó quinto año.

(2) *Ciervo de 10 candiles nuevo*, el que ha entrado en el sexto año.

(3) *Ciervo de 10 candiles*, el que está en el séptimo año.

(4) *Ciervo viejo*, el de 8, 9, 10 años etc.

(5) *Huella*. La señal del pié que imprime el ciervo en la tierra.

(6) *Pierna*. Se llaman así los dos huesos que hay en la parte posterior de esta, y que imprimen huella juntamente con el pié.

(7) *Cambio*: es cuando el ciervo busca otros á otro con quienes se entretengan los perros para poder él huir.



Proclamacion de doña Isabel la Católica en Segovia.

muerte del ciervo con instrumentos de caza y grandes regocijos; los perros gozan plenamente de su victoria, dejándoles comer las entrañas de las víctimas que han rendido.

No todas las estaciones son buenas para cazar los ciervos con podencos: en la primavera, cuando la tierra se cubre de nueva yerba y se esmalta de flores, su perfume hace menos seguro el viento de los perros, los cuales como el ciervo se halla entonces en su mayor vigor, por poco que se les adelante tienen mucho trabajo en alcanzarle. Por lo mismo los cazadores están persuadidos de que la estación en que las ciervas están próximas á parir, es la mas desventajosa, porque en aquel tiempo los perros suelen dejar un ciervo ya fatigado por correr tras una cierva que encuentran por acaso. Del mismo modo á principios del otoño, cuando el ciervo está en la brama, los ventores le siguen sin ardor, ya sea porque el olor fuerte que exhala entonces hace su rastro mas indiferente para los perros, ó ya quizás porque todos los ciervos tienen entonces casi el mismo olor. En el invierno, durante las nieves, no se pueden cazar ciervos, porque los ventores no tienen vientos, y parece que siguen el rastro mas bien por la vista que por el olfato. En esta estación, careciendo los ciervos de pasto en lo espeso del bosque, salen de él, van y vienen á parajes mas descubiertos, á los bosquecillos nuevos y aun á las tierras sembradas: desde el mes de diciembre andan en manadas, y en lo mas rígido de los frios procuran buscar el temple de las costas ó mantenerse en parajes abrigados, apretándose unos contra otros y calentándose mutuamente con su aliento. A fines del invierno salen á las orillas de las selvas, y van á los sembrados. En la primavera sueltan los cuernos, que se desprenden ó por sí mis-

mos, ó mediante un ligero esfuerzo que hace el animal enganchándolos en alguna rama.

Los ciervos viejos pierden sus cuernos á principios de marzo; los de diez candiles á mediados ó á fines del mismo: los enodios y los estaqueros á últimos de mayo. Estas épocas son muy variables y están sometidas á la templanza ó rigor del invierno, que las adelanta ó atrasa.

NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

Lo que se opone sobre todo al empleo del acero fundido inglés, es que este acero no puede soportar sin alterarse la temperatura exigida por la soldadura. El modo de evitar dicho inconveniente es como sigue: Se toman cuatro partes de sulfato de barita, media parte de hiel de vidrio y media parte de peróxido de manganeso. Se reduce todo á polvo y se usa este para la soldadura en lugar de arena. Este polvo admite cualquier grado de temperatura, no es costoso, y no ejerce sobre el acero ninguna acción que pueda alterar sus propiedades.

Los principales depósitos de oro de la Nueva Gales del Sud se hallan situados á lo largo de las dos vertientes de los Alpes australes y en las vertientes orientales del Coast-Range. Algunos se encuentran tambien en la llanura comprendida entre estos límites de la Cordillera. Los primeros, próximos á los manantiales del Encumbene y los mas septentrionales del golfo del rio Neigeuse, han excitado en 1860 una vivísima emoción. Era de temer que se encontrarían en aquella fria y salvaje region graves dificultades, y que habria que sufrir peli-

gros y privaciones terribles: á pesar de todo, una perspectiva tan sombría no arredró á los mineros. El Encumbene ha producido ya grandes cantidades de oro, y es de creer que este distrito, con algunos otros contiguos, concurrirá por su parte al aumento de la producción.

Mr. Bottger nos indica, segun sus experimentos, el siguiente método para preparar una tinta excelente para escritos que deban ser pasados en las prensas de copiar. Esta tinta tan buena como las mejores de Inglaterra, y mucho mas económica, puede ser preparada con mucha facilidad y no contiene, como las demás, ni azucar ni goma. Se hace hervir junto, 1 libra de alumbre, 2 de sulfato de cobre, 4 de extracto de palo campeche, 48 de agua de fuente, hasta que los ingredientes estén del todo disueltos. Se filtra luego por un lienzo fino, y el líquido que resulta de un color rojo-violeta, se coloca en frascos herméticamente tapados. Al hacer uso de la tinta, aparecen los caracteres un poco pálidos, pero toman luego de haberse ejecutado, un color negro-azulado muy intenso, y á los pocos minutos queda el trazado de un azul oscuro magníficos.

ESPLICACION

DE LA CLAVE ENIGMÁTICA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Generalmente hablando, los hombres que no tienen carácter, tampoco tienen fisonomía.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.